

BX1756
•A2
C3
V.10
C.1



BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DISCURSO

PARA EL DÍA

DE SANTA BÁRBARA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

*¿ Quis est qui vincit mundum, nisi qui credit
quoniam Jesus est Filius Dei?*

¿ Quién es el que vence al mundo, sino el que cree
que Jesus es el Hijo de Dios?

Ep. I. Joan. c. 5. v. 5.

Es incontestable que la fe ha sido en todos tiempos el origen de todos los acontecimientos grandiosos que se registran en los anales de la historia. Desde que hubo hombres, la fe marchó siempre á la cabeza del gran movimiento intelectual que debia desenvolverse al aparecer en el mundo el Hijo de Dios. Este era el fin de toda la ley; la creencia en él hallábase implícitamente en todos los sacrificios de los antiguos patriarcas, en sus ritos, en sus ceremonias, y era, por decirlo así, el alma de todas las empresas arduas, el origen de todos los prodigios, el principio impulsivo de todas sus acciones, como que solo en ella y por ella podia hallarse la justificacion. Dejemos á san Pablo enumerar las grandezas de esta virtud. « Por la fe, dice, ofreció Abel á Dios un sacrificio mas excelente que el de Caín, por el cual mereció que el Señor le diese un testimonio irrefragable de su benevolencia. Por la fe fué trasladado Enoe de este mundo para que no muriese. Por la fe, avisado Noé de cosas que aún no se veían, condenó al mundo, y fué instituído heredero de la justicia. Por la fe abandonó Abrahán su casa y su familia, y recibió de Dios en herencia la tierra que le habia

TOM. II. P.

1



prometido. Por la fe bendijo Isaac á Jacob y Esaú, anunciándoles lo que les habia de suceder. Por la fe vaticinó José al morir la salida de los hijos de Israel. Por la fe fué ocultado Moises por sus padres durante tres meses, y siendo ya grande renunció á la cualidad de hijo de la hija de Faraon, prefiriendo ántes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar de las delicias pasajeras del pecado, juzgando que el oprobio de Jesucristo era un tesoro mayor que todas las riquezas de Egipto. Por la fe pasaron los hijos de Israel el mar Bermejo como por una tierra sólida. Por la fe cayeron los muros de Jericó con solo dar vuelta siete dias al rededor de ellos. ¿Y qué pudiera decir todavía si hubiese de hacer mencion de Gedeon, de Barac, de Sanson, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas, los cuales por la fe conquistaron reinos, ejercitaron la justicia, taparon las bocas de los leones, extinguieron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron de graves enfermedades y desbarataron numerosos ejércitos? Otros por el contrario fueron estirados en el potro, sufrieron escarnios, azotes, cadenas y cárceles, ó fueron apedreados, aserrados, muertos al filo de la espada, ó anduvieron errantes cubiertos de pieles, desamparados, angustiados y maltratados, porque el mundo no era digno de ellos (1). »

Tal es, católicos, el poderoso ascendiente que la fe ejerció en todos los grandes sucesos del mundo ántes de la venida del Salvador de los hombres. ¿Cuál fué empero despues que este Dios-hombre inauguró desde el Calvario el imperio de la verdad y el reinado del Evangelio? ¿Qué victorias no consiguió! ¿qué prodigios no hizo! ¿qué empresas no acometió! Ah! El universo entero ha sido atado al carro de su triunfo. Aquí se ven ancianos venerables: allí jóvenes llenos de vida y de esperanzas; ora niños que todavía lactan el pecho de sus madres: ora vírgenes puras é inocentes que cobijándose á la sombra del augusto pendon de la fe, se burlan de los tiranos, desprecian las amenazas, arrostran los peligros, sufren con heróico valor los tormentos y la muerte misma, y hacen que el mundo se confiese vencido por su constancia. *¿ Quis est qui vincit mundum, nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei?*

Entre esa serie innumerable de ilustres triunfadores, mi

(1) *Ep. ad Hebr. c. 11*

vista se fija hoy en la invicta heroína de Nicomedia. Bárbara, la incomparable Bárbara, es digna de toda nuestra admiracion por lo grande de su fe, que la condujo á morir por un Dios á quien solo conociera por medio de las cosas creadas y visibles. Como la rosa que ostenta su encantadora beldad en medio de las espinas que la rodean, su fe se desarrolló prodigiosamente en el seno del error y de la mas profunda supersticion. Nada pudo jamas separarla de aquel que escogiera como centro de su amor: ni la tribulacion, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni los riesgos, ni las persecuciones, ni la espada de un padre, tirano implacable y monstruo de inhumanidad. Ella pudo insultar á la muerte misma y decirla: ¿en dónde está tu victoria? ¿qué se ha hecho de tu aguijon? Tú me has herido; pero no has conseguido vencerme: me has hecho caer bajo tu huesuda mano; pero al tiempo mismo has ceñido mis sienes con los laureles del triunfo: como á los demas hijos de Adan hicíste me descender al polvo de la tumba; pero mi espíritu reina en la mansion de la inmortalidad.

Justo es pues, católicos, que celebremos el triunfo de Bárbara, conseguido por su fe contra el mundo y contra las potestades del mundo. Ninguna idea me parece mas adecuada al carácter de heroísmo que nos ofrece su portentosa historia. « Abrazando la fe venció la incredulidad de un mundo idólatra, enemigo declarado de Jesucristo; confesándola y padeciendo por ella, venció el poder del mundo, que avergonzado de su derrota la sacrificó en odio de Jesucristo. » Hé aquí el asunto que propongo á vuestra consideracion en este discurso.

Favoreced, señor, mis deseos; secundad mis designios, dirigidos únicamente á hacer ostensibles los prodigios de la fe en la persona de la tierna y pura vírgen Bárbara. Haced fecundo mi entendimiento; haced expeditos mis labios para llenar dignamente mi mision, vos, que sois el origen de toda luz y de la verdadera sabiduria. Para obtener mas fácilmente esta gracia, interpongo la mediacion poderosa de la Vírgen de las vírgenes, á quien saludo con toda la efusion de mi corazon: *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

De en medio de las tinieblas salió la luz para los rectos de

corazon (1). Estas palabras del Salmista encierran una gran verdad que se ve perfectamente verificada en la ilustre vírgen santa Bárbara, y que constituye el fundamento de su extraordinario heroísmo. Cuando el siglo III de la iglesia vió brotar en una tierra ingrata esa preciosa planta, hallábase el universo cubierto en gran parte de las densas sombras de la idolatría. El país que la vió nacer adoraba aún á las falsas deidades; el culto del Dios verdadero era mirado como una novedad perniciosa, y como tal despreciado y perseguido. Su mismo padre, entusiasta furibundo por las extravagancias del paganismo, llevaba hasta el delirio su respeto á los ritos y prácticas de aquel culto detestable. Nada veía á su alrededor la hija de Dios-coro mas que fanatismo, supersticion y error. ¿Cómo pues podia llegar al conocimiento de un Dios de quien jamas oyera hablar, puesto que san Pablo dice que la fe se adquiere por el oído, y el oír depende de la palabra de Jesucristo (2)? Pero oh prodigio de la gracia! El cielo habia escogido á esta criatura para vencer al mundo por medio de una fe tan admirable en su origen como fecunda en sus resultados; y en consecuencia de esto, la dotó de una disposicion de alma la mas feliz, y la dió un corazon capaz de elevarse á la altura de las cosas sobrenaturales por medio de la misma naturaleza. Ateísmo infando! Tú que en vez de reconocer en las obras del Excelso su ser eterno é infinito, pretendes formarte un ídolo á quien denominas naturaleza, pero con exclusion omnímota de una causa sobrenatural que presida á todos sus movimientos y producciones; tú que has ensayado todos los medios que te inspira una ciencia terrena y carnal para explicar los fenómenos que presenta el universo, sin recurrir á un principio motor y ordenador que tenga en si mismo el origen del ser y del obrar; fija tu vista en la insigne vírgen nicomediense, y advierte como en el gran espejo del mundo ve la imágen del que le ha formado y adora al Dios que le predicán todas las criaturas. Bárbara contempla en efecto este mundo visible; clava su vista en la estrellada bóveda del cielo; admira el movimiento periódico y regular del sol, de la luna y de los demas planetas; y allí donde el ateo no encuentra mas que una combinacion fortuita de la materia, ella descubre la mano invisible de un ser

(1) *Psalm. 111. v. 4.* (2) *Ep. ad Rom. c. 10. v. 17.*

superior á todos los demas, cuya inteligencia dirige aquel órden portentoso de causas y de efectos. Para su consideracion en la tierra; advierte la oportuna revolucion de las estaciones; ve como al crudo invierno sucede la apacible primavera, á esta el ardiente estío, y en pos de él el benigno y suave otoño, cada cual con sus diversas producciones; y cuando el ciego materialista solo ve en todo esto un resultado de la composicion ó descomposicion de ciertas partículas ó átomos que giran á nuestro alrededor, ó de otras causas puramente naturales que su imaginacion ha ideado, Bárbara reconoce que la materia es impotente para producir efectos que suponen inteligencia y conocimiento; y no pudiendo concebir que un ser mortal sea capaz de ello, no duda sostener que debe existir indefectiblemente un ser inmortal, infinito y eterno á quien atribuir prodigios tan inexplicables. Todo cuanto el universo ofrece á su vista la conduce insensiblemente al conocimiento del Dios verdadero, en quien únicamente encuentra la explicacion de los infinitos fenómenos que sorprenden su inteligencia. ¿Qué ridiculas la parecen aquellas falsas deidades que el paganismo adora! ¿Cuán indignos se la representan de recibir culto unos seres que la mano del hombre ha fabricado! No, no se envilecerá Bárbara adorando lo que solo es acreedor al mas positivo desprecio. Su corazon es todo del Ser supremo; desde luego le busca con ansia, le ofrece sus homenajes, le sacrifica sus pensamientos y no perdona medio alguno para instruirse en los dogmas de una religion á que ya pertenece con el afecto.

Hé aquí la primera victoria que consiguió la fe de santa Bárbara contra un mundo idólatra, enemigo declarado de Dios. En vano intentará ya sorprenderla con los encantos de la hermosura, del placer, de la opulencia y de la gloria. Ella ha sabido encontrar el secreto de hacerse cristiana sin ser apercebida de su familia. Ella se ha unido á Jesucristo con los lazos de un amor fuerte y robusto; le ha hecho el sacrificio de su virginidad, y le ha prometido una fidelidad eterna. ¿Qué pues podrá hacer ya el mundo para triunfar de esa alma generosa? Hay empero, señores, ciertos momentos en que el corazon mas fuerte casi no puede resistir á las impresiones causadas en él por los principios de una ternura natural, que llega á veces á neutralizar cuando ménos, si no á sofocar los principios de la fe. Cuando la criatura se ve en la precision de optar entre

la animadversión de un padre á quien ama con delirio, ó el cumplimiento de un deber que un convencimiento íntimo le impone, menester es toda la energía, toda la fortaleza, toda la abnegación de un alma superior á los acontecimientos humanos para no quedar vencida en tan terrible lucha. Tal fué la crítica situación en que se vió constituida santa Bárbara, cuando su padre la propuso que era preciso pensar en contraer un enlace conveniente á su cualidad y dotes sobresalientes. Jamás, oh mundo alucinador, pudiste adoptar un medio mas oportuno para probar la constancia de esa vírgen inocente. Ella no tiene despues de Dios otro objeto mas digno de sus caricias y de su amor que el autor de sus dias. Desea agraderle en todo, porque su voluntad está en perfecta armonía con la de aquel ser de quien inmediatamente ha recibido la existencia: pero por otra parte, el amor de Jesucristo con quien se ha desposado, es un obstáculo que la impide el poder obedecer los preceptos paternos. Qué conflicto! Resistir á la voluntad de Dioscoro es exponerse á todos los rigores de un genio duro, extravagante, colérico, vengativo y furibundo. Ceder á su demanda, es ser infiel á un esposo que ha recibido sus juramentos, que ha aceptado la donación perfecta de su corazón, que es dueño de su virginidad. ¿Qué hará pues Bárbara en esta lucha de afectos que simultáneamente combaten su espíritu? ¿Declarará su resolución á un padre tan ciego y extremado en el amor de su hija, como obstinado y tenaz en el odio del Dios de los cristianos? ¿Se atreverá á revelarles los secretos que encierra su corazón acerca del desposorio divino que ha contraído con Jesucristo? No es todavía tiempo. El cielo la reserva otra ocasión mas oportuna para triunfar del error. Entretanto la inocente vírgen busca el medio mas conducente para desentenderse por entónces de aquel compromiso, sin caer en la desgracia de su padre. Este, lisonjeándose de conseguir sus deseos con el tiempo, se ausenta de su casa despues de haber dado sus órdenes para que su hija disfrutase de todas las comodidades que pudiera apetecer.

¿Qué espectáculo tan digno de la admiración de los ángeles era el ver á la casta doncella, encerrada en lo interior de una torre que escogiera por morada, entregada toda á la oración, á las divinas alabanzas y á los ejercicios de piedad! Su corazón es un templo en donde día y noche ofrece á su dulce Jesus el

sacrificio puro de su amor. Pero no queriendo privarse del consuelo de tener algun aliciente que la moviese á tener siempre presente la idea del objeto de su adoración, además de hacer construir en su aposento tres ventanas en honra de la santísima Trinidad, esculpió en la piedra la imagen del Crucificado. ¿Cuán fecunda es, señores, la fe en encontrar arbitrios para alimentar la piedad! ¿Cuán ingenioso se muestra el amor en las almas que le buscan con intención pura y con voluntad decidida! Cuando considero este rasgo de fe de santa Bárbara, en medio de un país idólatra, rodeada de domésticos que alimentan las mas tristes preocupaciones contra el culto de los cristianos, bajo la dominación de un padre que mira como inviolables las mas minuciosas prácticas del paganismo, yo no puedo ménos de exclamar: Oh mujer! grande es por cierto tu fe; tu heroísmo sobrepuja á cuanto puede imaginarse. Los jóvenes cautivos de Babilonia adoraban al Dios de Israel en el palacio mismo de un monarca idólatra: pero ellos podían animarse mutuamente á permanecer fieles á la ley; en vez que tú, aislada, encerrada dentro de ti misma, nada ves en torno de ti sino elementos de corrupción y de infidelidad. ¿Y quién duda que esta circunstancia realza sobremanera el mérito de santa Bárbara y hace su fe digna del mayor elogio? En Roma al ménos los fieles escondidos en los subterráneos, tenían el consuelo de oír de boca de los pastores la palabra del Señor; reforzábanse con la participación de los sagrados misterios; nutridos con la carne divina del Cordero y con su sangre preciosa embriagados, adquirían valor para sostenerse en la fe; pero Bárbara nada de esto tiene: su fe no halla apoyo mas que en la meditación de las cosas celestiales y en la contemplación de las maravillas del universo. ¿Pero cuándo se hizo el Señor sordo á los gemidos de un alma que suspira por él? ¿Abandonó jamás Jesucristo á quien de veras le buscó? No, católicos, su palabra infalible nunca fué desmentida. Él habia dicho un día: « Si alguno me amare, esté seguro de que mi Padre le amará, y vendremos á él y en él fijaremos nuestra mansión (1). » Jesucristo pues cumplió con santa Bárbara esta inefable promesa. Satisfecho de su amor grande en todos conceptos, se unió tiernamente á ella, se constituyó su maestro, su guía y su fortaleza. En medio del

(1) Joann. c. 14. v. 23.